



decían:

—¡Ya terminaste otro cuaderno! ¡Con lo que valen!

Y los pobres chicos no sabían qué hacer.

Bartolo salió a la calle y haciendo bocina con sus enormes
manos de tierra gritó:

—¡Chicos!, ¡tengo cuadernos, cuadernos lindos para todos! ¡El
que quiera cuadernos nuevos que venga a ver mi planta de
cuadernos!

Una bandada de parloteos y murmullos llenó inmediatamente la
casita del buen Bartolo y todos los chicos salieron brincando
con un cuaderno nuevo debajo del brazo.

Y así pasó que cada vez que acababan uno, Bartolo les daba
otro y ellos escribían y aprendían con muchísimo gusto.

Pero, una piedra muy dura vino a caer en medio de la felicidad
de Bartolo y los chicos. El Vendedor de Cuadernos se enojó
como no sé qué.

Un día, fumando su largo cigarro, fue caminando pesadamente
hasta la casa de Bartolo. Golpeó la puerta con sus manos llenas
de anillos de oro: ¡Toco toc! ¡Toco toc!

—Bartolo —le dijo con falsa sonrisa atabacada—, vengo a
comprarte tu planta de hacer cuadernos. Te daré por ella un
tren lleno de chocolate y un millón de pelotitas de colores.

—No —dijo Bartolo mientras comía un rico pedacito de pan.

—¿No? Te daré entonces una bicicleta de oro y doscientos
arbolitos de navidad.



colinas azules y muchísimos durazneros en flor. Las cabras blancas subían y bajaban por una montañita de todos colores.

Detrás de la ventana Irene no veía nada. Solo su aburrido piso de mosaicos. Delante de la ventana tampoco. Intentó pasar una pierna por el agujero, pero la punta de su zapato era demasiado ancha. ¿Y sus piernas? ¿Y su cintura? ¿Y su gran cabezota amarilla? No, no podría pasar, ni podría jugar con las cabras en las hermosas colinas.

Metió un dedo y una cabrita se lo lamió. Irene lo retiró, asustada. Dio varias vueltas alrededor de su torre, pero no encontró nada nuevo.

El vendedor de tortas, después de esperar largo rato que le abrieran la puerta de calle, entró y le ofreció una riquísima masa cuadrada cubierta de azúcar.

—No —le dijo Irene, apurada porque se fuera para poder seguir mirando por la ventana de la torre.

—¿No? —preguntó el viejo—, siempre te gustaron, ¿por qué hoy no?

—Estoy ocupada. Tengo que mirar por la ventana de mi torre.

—¿De esa torre?

El índice color madera señalaba la finísima torre de Irene.

—Sí, es una torre muy rara. Tiene cabras y colinas azules adentro. Me gusta más que tus tortas de azúcar.

—¿Puedo ver yo también?

El viejo dejó su canasto dulce en el suelo y de rodillas espío por la ventanita.



botas y al lado un barco lleno de oro”.

—“¡Señor, con lo lindo que sería tener zapatos nuevos, y un barco!”.

Micael estaba loco de alegría, pero casi se cayó de la pared cuando Roque sentenció:

—“Lástima que no tengo carbón ni tiza, ni siquiera un cascote”.

Con el dedo mojado escribió un invisible “roque” al lado de Micael y se fue silbando una mezcla de “arroz con leche” y “Mambrú”.

Micael lloró mucho ese día. Las lágrimas resbalaban de su ojo al suelo iplic! iplic! y formaron un charquito tan grande que un perrito que andaba por allí buscando dónde hacer pis, creyó que le habían ganado el lugar.

¡También! Pero Micael pensó que las cosas no podrían quedar así. Tanto y tanto hizo, que se desprendió de la pared y cuando Roque pasó por allí camino a la escuela, se deslizó entre sus útiles y con mucho cuidado se acomodó lo más bien en el cuaderno del niño. Se estiró en una hoja blanquita y suave, debajo de un problema.

—“¿Qué es esto Roque?”, rugió la maestra cuando corregía los deberes, y con un enorme lápiz rojo trazó una cruz sobre Micael. El monigote la miró con odio. Estaba preso. La cruz le pasaba justo por sobre la pancita. Roque tenía los ojos redondeados por el estupor.

—“Señorita... yo... no sé... no lo hice...”



Micael, de un salto, se estampó en la hermosa hoja blanca que yacía sobre el pasto. Cuano Roque lo vio se puso un poco más contento. Después tomó su lápiz y le dibujó un ojito negro, pícaro, redondito, un gran sombrero, un trabuco, bota, un velero maravilloso; luego pintó todo con los colores más hermosos: con sol, con naranjada, con briznas de pasto y caramelos de frutilla.

Ahora Micael está en el cuarto de Roque. Al pie de la hoja, casi junto al hermoso maerco que la rodea dice: “Gran Pirata Negro Rey del Caribe y de los Mares Universales – Primer Premio”.

«-»»



El pueblo dibujado

—Voy a hacer dibujos en la pared –dijo Laurita un día.

Mamá y papá se habían ido a trabajar temprano y ella, como



siempre, se quedaba sola con Humo, su gato gris. ¡Qué el lindo era hacer dibujos de colores!

Pero Laurita no tenía con qué pintar. Le gustaba, sin embargo, pensar en esos brillantes lápices de aceite que tenían algunos chicos.

“Parecen de caramelo” se dijo. “Me los comería”.

Estaba segura de que el rojo tenía gusto a frutilla; el verde, a menta; el marrón a chocolate; y el amarillo, a limón. ¿Y el negro? ¿Y el azul? ¿Qué gusto tendrían? Quizás a dulce de membrillo, o a Coca-Cola. Pero para hacer su dibujo ahora solamente tenía un pedazo de tiza que encontró en la calle, un cascote rojo y un carbón

Cuando se quedaba sola, sobre todo en mañanas mojadas y solitarias como aquella, hacía hermosos dibujos en una de las paredes de la cocina. Mamá se la había regalado para ella y sobre la pintura descascarada, vieja y llena de humo, desfilaban hermosos patos, trenes, barcos y monigotes.

“Hoy dibujaré un pueblo grande”, se dijo alistando la tiza, el carbón y el cascote. “Pensaré los colores y listo... ¡Pobre mi pueblo! Sin colores no puede ser lindo.

Afuera la lluvia cantaba. La niña la escuchó un rato y le dijo a Humo:

—Llueven pajaritos azules. A vos no te gustan, ¿no? Ni los grillos de vidrio tampoco, esos que gotean por los agujeros del techo ¡Ay Humo! ¿Por qué no te gustará el agua?



Mientras hablaba con el gato, su pueblo fue creciendo.

—Haré que llueva y en la zanja flotarán barquitos de papel. Tirín tin tin, tolón tolón, -cantaba, y el pueblo se ponía cada vez más hermoso.

—Te dibujaré sobre el techo, Humo, ¿sabés? Los techos son de color zanahoria; las paredes, marrones, amarillas y violetas. Vos imaginate, Humo.

Siguió hablándole al gato, que la miraba muy interesado. El cielo sería gris y los árboles, de fresquísima menta, y también rojos y azules y con manzanas redondas colgando de las ramas

—Tirín tin tin, tolón ton ton.

La tiza y el carbón y el cascote ya estaban chiquitos. Iban y venían por las chimeneas, por las ventanitas, por las calles amplias y brillantes y, de vez en cuando, hacían un toque en la nariz de Laurita.

—Ahora haré la lluvia.

Atravesó el pueblo con rayitas oblicuas como si fueran puntadas hechas con aguja. Listo. Su pueblo mojado ya estaba.

Humo con su aspecto de madeja escapada de cualquier chimenea, aprobaba ronroneando y guiñando sus ojos del color de la luz verde de los semáforos. Laurita lo sentó en su regazo y entre los dos comieron el pan que mamá les había dejado cortado sobre la mesa, y miraron el pueblo.

—Es lindo, ¿no, Humo? No tiene colores, pero no cualquier pueblo tiene un gato como vos. Mirá qué lindo estás en ese



barría con cara de enojada. Tan rápido se movía que a veces se enredaba en la escoba.

Con la punta del dedo índice Laurita golpeó la puerta dibujada. La monigota dejó de barrer y un monigote muy gordo abrió con cara de pocos amigos.

—¡Zak zek zek crr crr crr crr! —le dijo.

Su voz era como la de un grillo. Sonaba como el salpicar de la lluvia en una vieja tinaja. Parecía muy enojado y señalaba el cielo gris y el piso de la casita, sucio de barro.

—¡Grrr grrr grrr ñic ñoc ñic crr crr! —rezongaba.

La monigota salió detrás enarbolando la escoba y amenazando a Laurita. Ésta no pudo menos que reírse al verlos tan chiquitos y enojados.

—¿Qué les pasa? ¿Están enojados conmigo?

—¡Crr crr crr kij kij kij ñic ñoc! ¡Brr uj uj! —dijeron los dos al mismo tiempo.

Ahora parecían un ejército de grillos y toda una gran lluvia cayendo en la tinaja.

Ante ese griterío, todas las casitas se fueron iluminando. El pueblo estaba precioso. Pero los monigotes no salían porque tenían miedo de mojarse. Todos estaban enojados y chirriaban desde sus puertitas y ventanas.

—¡Pobrecitos! ¡No pueden salir porque van a mojarse! ¡Claro, si yo hice un pueblo con lluvia!

—¡Crr trr trr brr brr! —gritaron todos.



—Ah... —dijo papá riendo— lo mejor es la sopa de letras, tan rica como la hacés vos.

—¡Claro! —dijo Laurita y siguió comiendo sin darse cuenta.

Aquella tarde, con un trapito mojado en saliva, borró la lluvia de su pueblo dibujado. Junto a los paragüitas y a las botas, que ya no servían para nada, hizo muchas bolsas pequeñas.

—Ya vas a ver —le dijo a Humo— como pronto esos monigotes tan cascarrabias van a poder hablar.

El gato miró tranquilamente a su dueña y se enroscó sobre su silla, a esperar la noche.

Estaba oscuro. Papá y mamá jugaron un rato con Laurita antes de dormir. Papá, algunas noches, le contaba cosas que le daban tanta risa como si le estuvieran haciendo cosquillas.

Ya las respiraciones tranquilas subían y bajaban. El pueblito se iluminó y Laurita, de rodillas en la cama, esperaba. El monigote gordo abrió la puerta y empezó a levantar las bolsitas, ronroneando como Humo.

—¡Jrr jrr! —saludó a Laurita.

Ésta, despacito, fue hacia el estante de los tarros y sacó el de los fideos de letras. Lo destapó y lo puso sobre la cama. Una fila de monigotes preciosos, cada cual con su bolsita al hombro, saltó de la pared y empezaron a llenarlas muy ligero. Laurita los ayudó.

—Rrr trn jjjsss.

—Zz mbbb



porque los monigotes estaban investigándole las orejas y hacían más ruido que una gran tormenta.

El sueño iba cayendo, aterciopelado, sobre todos.

—Tus dibujos son los más hermosos —dijo Crr Crr—, cuando hagas un barco se te llenará de marineros, y en la playa los caracoles harán sonar el viento como una guitarra.

—Si hacés un campo, vendrán las vaquitas y los grillos.

—¡Y el aire será como un fresco!

—¡Dibujá un avión para que nos lleve de paseo!

Laurita se quedó dormida, dormida... Los monigotes se retiraron despacito para no molestarla.

—¡Hasta mañana! —sisearon— ¡Volveremos todos los días!

—Mañana haré un barco —murmuró Laurita entre sueños— para que se llene de marineros... y también un circo y vendrá el elefante más azul y todos comeremos pan con manteca...

La oscuridad se cerró como un ojo de pestañas tibias mientras los monigotes se acomodaban en sus casitas. En un descuido de mamá monigota, un chiquitín se asomó a la ventana.

—¡Aaatchís! —estornudó—. ¡Laurita, por favor, mañana hacenos una calecita y un kiosco de caramelos!

Carta de Laura a los chicos

Este libro nació hace más de 20 años, en 1964, cuando mi hija mayor dibujaba monigotes en las paredes y jugaba con los cubos amarillos y rojos que le había hecho su papá. Fue mi primer libro para los chicos y aunque muchas cosas parecen

